

LA ESCUELA POPULAR CRISTIANA

UNA ESCUELA AL SERVICIO DEL HOMBRE NUEVO

P. Guillermo Ferrís, sch. p.

PRIMERA PARTE

ESCUELA POPULAR CRISTIANA Y MISIÓN EVANGELIZADORA DE LA IGLESIA

El título del presente trabajo encuentra su justificación y sentido en la persona y obra de S. José de Calasanz, fundador de la primera orden religiosa de la Iglesia dedicada por entero a la noble tarea de la educación de los niños y jóvenes del pueblo. Como gran y adelantado pionero de este *ministerio eclesial*, ha sido reconocido por la Historia como el “creador de la primera escuela popular y gratuita de Europa”¹.

Ministerio eclesial: todo ministerio en la Iglesia es un *modo concreto de colaborar en la misión de anunciar el Evangelio* que Jesús confió a sus discípulos. Calasanz, movido por el peculiar carisma que recibió del Espíritu Santo, enriqueció a la Iglesia siendo pionero en su peculiar modo de evangelizar.

Por tanto, Calasanz –no él, sino el Señor mismo y la Virgen María a cuya iniciativa e inspiración él siempre atribuyó la Obra de las Escuelas Pías– “inventó” un nuevo ministerio en la Iglesia: la educación en *Piedad y Letras* de los *niños*, principalmente *pobres*, hecha *por amor de Dios* –gratuitamente– en un nuevo “lugar de misión”: la *escuela popular cristiana*.

¿Qué es Evangelizar?

Para llegar a captar el sentido y la trascendencia de este “nuevo” Ministerio eclesial, es necesario llegar a captar con precisión qué es para la Iglesia *Evangelizar*.

¹ *Storia dei Papi* (1942). Roma, vol. XI, pp. 438-440.



Y es el mismo Magisterio de la Iglesia quien nos responde.

Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, *con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad (...)* La finalidad de la evangelización es por consiguiente este *cambio interior* y, si hubiera que resumirlo en una palabra, lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la *conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos...*

Posiblemente, podríamos expresar todo esto diciendo: lo que importa es evangelizar –no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino *de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces*– la cultura y las culturas del hombre (...) tomando siempre como *punto de partida la persona* y teniendo siempre presentes las *relaciones de las personas entre sí y con Dios...*

No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios.²

¿En qué sentido un “nuevo ministerio” al servicio del Evangelio?

¿Cómo había llevado a cabo la Iglesia, desde los tiempos apostólicos, su misión evangelizadora –que Pablo VI sintetizó de manera tan precisa–?

Sin ser especialistas –y por tanto no exhaustivos–, no nos resulta difícil reconocer una evolución en los modos, en los *cómo*, inspirados por el Espíritu Santo en los diferentes momentos de la historia de la Iglesia, respondiendo siempre a las nuevas necesidades de los hombres y los lugares, salvando siempre los *elementos esenciales* de toda evangelización. Sobre todo en los orígenes, la predicación del kerigma, los procesos catecumenales de iniciación sacramental, el testimonio vivo de los cristianos, la vida litúrgica y de piedad de los fieles, el Magisterio de los Padres de la Iglesia. Más tarde el testimonio de los hombres del desierto, monjes y anacoretas. Después, el nuevo celo evangelizador surgido con las órdenes religiosas que llevaron el Evangelio a las calles por la pobreza y la mendicancia. Un poco más adelante, el testimonio de los sacerdotes seculares y, sobre todo regulares, entregados a las misiones populares, la administración de sacramentos, el cultivo de la ciencia y la teología en las universidades. Otros, a la atención de los enfermos, los pobres y abandonados. Por supuesto la catequesis de niños y jóvenes, con la enseñanza de la doctrina cristiana y el catecismo principalmente en las parroquias, monasterios e iglesias. Siempre, en toda época y lugar, la transmisión de la fe, o al menos el cultivo de la piedad, en el seno de las familias, las cofradías y las asociaciones de fieles.

² Pablo VI, Carta Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, 18, 20 y 22.



En este último contexto –a mediados del siglo xvi– surge la figura de S. José de Calasanz. No es el momento ahora para hacer un análisis pormenorizado de su vida y obra. Me gustaría, sin embargo, poder aportar mi propia síntesis personal respecto a lo que constituye el don que Dios entregó a su Iglesia y a la sociedad en la persona de este grande, pero escondido y humilde, santo y pedagogo. Me gustaría, además, poder sugerir, a la luz de todo ello, lo que podría significar este don para la Iglesia y los cristianos del siglo xxi que se sientan llamados por el Señor a laborear en esta “mies fertilísima” de la educación de niños y jóvenes.

Este propósito no impide comenzar esbozando algunos apuntes de tipo histórico que nos ayuden a contextualizar lo que diremos a continuación.

A finales del siglo xvi, cuando Calasanz llega a Roma, nos encontramos en pleno posconcilio de Trento, época de reforma en la Iglesia Católica. Calasanz se ha formado en España en el espíritu del Concilio, y tras una probada y difícil historia vocacional, ha comenzado su ministerio sacerdotal movido por un gran celo por el bien de la Iglesia. Reconocida su valía desde muy pronto, será requerido como secretario de los obispos de Barbastro y Lérida. Más tarde aparecerá como visitador-reformador de algunas órdenes religiosas y del Monasterio de Montserrat; secretario del Cabildo y maestro de ceremonias de la Catedral de la Seu d’Urgell; vicario general de Tremp y visitador apostólico de varias vicarías del Pirineo.

Una vez en Roma (año 1592) será llamado como consultor del cardenal Colonna y preceptor de sus sobrinos. Calasanz se inscribirá como miembro activo de numerosas cofradías consagradas a la vida de piedad y a la acción caritativa (atención a enfermos, catequesis...). Será en este tiempo cuando vivirá una progresiva pero intensa convulsión personal por el contacto con la realidad de desintegración en que se encontraba la sociedad “cristiana” –*república cristiana*, según su expresión– del momento, pero especialmente por el contacto con los niños que llenaban las calles de la Roma de la época.

El año 1597 se adentra en el barrio del Trastévere romano. Lleva 14 años de ardiente ministerio sacerdotal. Su celo le ha llevado a cultivar con esmero su vida espiritual así como su entrega al servicio de la Iglesia y de los pobres. No obstante, toda esta intensa y amplia acción pastoral ha dejado, hasta ese momento, en su ardiente espíritu reformador una decepción y un lamento grande: “en los hombres ya hechos: pese a toda la ayuda de oraciones, pláticas y sacramentos, cambia de vida y realmente se convierte una exigua minoría”³.

Calasanz ha tocado el meollo de la cuestión, el mismo que tan claramente expresará 350 años después Pablo VI en el texto antes citado: “lo que importa es evangelizar –no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino *de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces*– la cultura y las culturas del hombre (...) *para con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad*”. Ha tocado el

³ Memorial al cardenal Tonti, 15.



meollo: se encuentra en Roma, corazón de la Cristiandad, y paseando por sus calles ha encontrado también ahí, al igual que le ocurrió en España en sus años de intenso ministerio sacerdotal, una sociedad profundamente destruida y corrompida. Veamos un sencillo apunte, extraído de la magistral obra del escolapio P. György Sántha:

Hasta qué punto eran depravadas las costumbres –en Roma– en la segunda mitad del xvi lo demuestran también las severas penas promulgadas contra los blasfemos y sodomitas, contra los maldicientes, jugadores, meretrices, que habitaban cerca de las iglesias y lugares piadosos. Estaba prohibido que las *ragazze piemontesi* mayores de ocho años fuesen enviadas a vender achicoria o ensalada. Fueron innumerables las prohibiciones referentes a las armas (...) Se prohibió incluso bailar o representar comedias en casa de las cortesanas, lo mismo que en las hosterías; a los hosteleros se les prohibió tener mujeres en casa para lograr clientes (...) Debiendo constatar la gran corrupción pública y privada de las esferas más altas de la sociedad romana del xvi, la vida corrompida de cortesanos y cortesanas, los vicios y delitos de patricios, no podemos dejar de observar, al mismo tiempo, la gran miseria económica y moral también de los *nihil habentes* de aquella multitud heterogénea que a lo largo del siglo se agrupó en los catorce rincones de Roma...

Por otra parte, no se debe olvidar que en Roma fue siempre mucho mayor la sensibilidad de las autoridades competentes en lo referente a la moralidad y costumbres de los ciudadanos que en otros lugares (...) Por eso, evidentemente, es sólo una apariencia el que la Roma del xvi haya estado más corrompida que las otras capitales o grandes ciudades de Europa. La objetividad histórica nos dice exactamente lo contrario⁴.

El tremendo contraste entre su celo reformador y la realidad social de la Europa del momento, pero especialmente el encuentro providencial con los niños que llenaban las calles de Roma y, especialmente, con una pequeñita escuela parroquial que tenía lugar en la sacristía de la iglesia de Santa Dorotea en Trastévere, conseguirá abrirle los ojos: para descender hasta la raíz, para llegar a sembrar el Evangelio en el corazón del hombre como fundamento vital de toda su existencia, de modo que llegue a ser principio de renovación de la *república cristiana*, era necesario iniciar un nuevo ministerio en la Iglesia, el “ministerio de las Escuelas Pías”, al presagiar por su medio –en labios de Calasanz– “el bien de la reforma universal de las corrompidas costumbres, que es consecuencia del diligente cultivo de esas plantas tiernas y fáciles de enderezar que son los muchachos”⁵, “remedio eficaz, preventivo y curativo del mal, inductor e iluminador para el bien, destinado a todos los muchachos de cualquier condición –y, por tanto, a todos los hombres que pasan primero por esa edad– mediante las letras y el espíritu, las buenas costumbres y maneras, la luz de Dios y del mundo”⁶.

⁴ G. Sántha (1984). *San José de Calasanz. Obra Pedagógica*. Madrid: BAC, 2.^a ed., p. 29. Recomendamos vivamente la lectura de las páginas 27-52 de esta obra.

⁵ Memorial al cardenal Tonti, 15.

⁶ *Ibid.*, 9.



Con ello, Calasanz se adelantó grandemente a su tiempo, hasta el punto de que muy pocos le entendieron, no sólo en la sociedad civil, sino en el seno de la misma Iglesia. Audacia prematura la suya que le pasará factura, y se convertirá al final de su vida en la causa de su “ruina”⁷ y, providencialmente y al mismo tiempo, en la causa de su enorme santidad.

Tengamos en cuenta que si la realidad social de la *república cristiana* era la que hemos descrito sucintamente más arriba, cuál no sería el estatus social de la educación de los niños del pueblo, considerada como una “profesión vil y despreciable (...) por las dificultades que derivan de una vida mortificada por el trato obligado con muchachos, trabajosa por el continuo esfuerzo de su profesión...”⁸. Tanto era así que las pocas escuelas públicas que existían –eran de pago y por lo tanto vedadas en realidad a los pobres– estaban en manos de personas de pésima reputación⁹.

En definitiva, y visto lo visto, era demasiado evidente que estando las calles llenas de niños pobres sin posibilidades de ir a la escuela, entregados al pillaje para poder sobrevivir, y siendo tal la situación de la educación de los pocos niños que tenían acceso a ella, los esfuerzos evangelizadores de la Iglesia sobre “los hombres ya hechos” no podían sino estar avocados al fracaso que Calasanz mismo constató en sus años de ministerio pastoral como sacerdote.

¿Cuál será la gran novedad?, ¿en qué consiste la genuina aportación de Calasanz al poner en marcha las Escuelas Pías, germen de la primera escuela popular cristiana? Convertir este *oficio vil y despreciable* que se encontraba en manos de personas tan frecuentemente *vagabundas e inestables* en un verdadero *ministerio eclesial*, ejercido por “puro amor de Dios” –es decir, sin recibir nada a cambio– y encomendado principalmente a *sacerdotes consagrados* a Dios para la evangelización en Piedad y Letras de los niños, principalmente pobres.

Ministerio eclesial

Su ministerio específico, el *institutum nostrum* (“la buena educación de los jovencitos de la que depende todo el resto del bien o del mal vivir de la edad madura”¹⁰), oficio

⁷ Cf. la tesis fundamental defendida por Vicente Faubell Zapata (2004) en su obra *Nueva Antología Pedagógica Calasanzia*. Salamanca: Publicaciones Universidad Pontificia, pp. 15-35.

⁸ *Ibid.*, p. 24.

⁹ “Sería de desear que en nuestros tiempos (...) un oficio tan importante, como es el de proporcionar el bienestar al hombre, no se ejerciese (...) por personas tan frecuentemente vagabundas e inestables y que se preocupan bien poco de cuál será el éxito de los alumnos; más todavía, esas mismas personas, algunas veces son tales que tendrían ellas mismas necesidad de estar en la escuela del temor de Dios y de las buenas costumbres; por lo que la enseñanza de los niños se ha convertido, con razón, en un ejercicio vil y despreciable”. M. S. Antoniano (1584). *Tre libri dell'Educatione cristiana dei Figlioli*. Verona, p. 142.

¹⁰ Memorial al cardenal Tonti, 5.



apostólico, en labios de Calasanz¹¹, queda resumido por él mismo de la siguiente manera: “Pues si desde la infancia el niño es imbuido diligentemente en la Piedad y en las Letras, es de esperar, sin duda alguna, un feliz desarrollo de toda su vitalidad”¹². (Y, por ende, “un feliz transcurso de toda su vida”, que es como habitualmente se traduce el texto original del santo). Este imbuir (empapar, embeber) al niño desde sus tiernos años en la Piedad y en las Letras es la clave de la verdadera evangelización tal y como hemos visto en *Evangelii Nuntiandi*, ya que es el modo de hacerlo *de manera vital, en profundidad y hasta las mismas raíces de la persona*.

Ministerio confiado a personas Consagradas a Dios para dicho ministerio

“Si la Santa Iglesia ha concedido esta gracia –de constituir una nueva congregación religiosa– a tantos institutos de ministerio general y común, ¿por qué no a uno específico y peculiar?”¹³. Todo este Memorial constituye un alegato para que la Iglesia apruebe la nueva congregación porque nace para sostener un *nuevo y específico* ministerio que nadie ha asumido hasta el momento (“las personas mayores tienen muchas religiones –congregaciones religiosas– que las ayudan, y los alumnos solamente tienen la nuestra”¹⁴).

Ministerio sacerdotal

Calasanz –jante la incomprensión de tantos, propios y extraños!– considerará “el ministerio de enseñar a los niños, desde los primeros rudimentos, la lectura correcta, escritura, cálculo y latín, pero sobre todo, la piedad y la doctrina cristiana”¹⁵ como un ministerio digno, no sólo de personas consagradas, sino un ministerio propio de sacerdotes¹⁶, por lo que insistirá una y mil veces en que en sus escuelas los educadores sean “preferentemente sacerdotes”¹⁷, que si son aptos para la escuela no deben comprometerse en otra cosa aunque se trate de asuntos y ministerios propiamente sacerdotales pero no

¹¹ “Desearía que se ingeniase usted en lograr que todos los de esa casa se afanen con toda diligencia en hacer escuela y otros ejercicios espirituales, como personas elegidas por Dios para reformar a la juventud en esas regiones, que es *oficio apostólico*” (23/6/1635).

¹² Traducción del P. Bau en su *Biografía Crítica*, p. 306, pericialmente contrastada.

¹³ Memorial al cardenal Tonti, 26.

¹⁴ Carta del 5/11/1636.

¹⁵ Constituciones de Calasanz, 5.

¹⁶ “Ordene que quien tenga talento para la caligrafía y la aritmética las aprenda, aunque sea clérigo. Yo, por haberlo estudiado, no he perdido un punto de mi sacerdocio, que es la mayor dignidad que he podido conseguir” (24/12/1633).

¹⁷ “Aprendan algunos de los nuestros caligrafía y aritmética, aunque sean clérigos. Con mayor facilidad les admitirán a las órdenes. Porque quiero sacerdotes en las escuelas” (27/6/1637).



escolares: la confesión de personas adultas¹⁸, la predicación¹⁹, las celebraciones litúrgicas²⁰, las procesiones²¹ o las visitas nocturnas a enfermos²².

Pero, entonces, ¿qué motivó?, ¿cuál fue la causa de que la educación de los niños del pueblo, considerada en la sociedad civil y eclesiástica del momento como *oficio vil y despreciable*, fuera reconocida y calificada por Calasanz como el “Ministerio en verdad, el más digno, el más noble, el más meritorio, el más beneficioso, el más útil, el más necesario, el más enraizado en nuestra naturaleza, el más conforme a razón, el más de agradecer, el más atractivo y el más glorioso”²³, hasta llegar a decir que el ministerio de las Escuelas Pías constituye no un ministerio cualquiera de la Iglesia sino un “ministerio insustituible (...) y acaso *el principal* para la reforma de la república cristiana”²⁴.

Pues que la mirada de Calasanz sobre la realidad del momento no fue una mirada sociológica, ni siquiera meramente teológica —era común en la teología del momento justificar el *statu quo* social como algo establecido así por Dios mismo—, sino una *mirada teologal*: la mirada de Dios. La mirada de Dios no es como la de los hombres, porque Dios llega al corazón mismo de los hombres y de la realidad, sin quedarse en las apariencias. Y en Calasanz ardía esta mirada de Dios sobre cada criatura que le hacía descubrir un plan, un proyecto único de felicidad en el amor para cada niño, para cada persona.

Calasanz tenía una determinada visión de la persona y, en concreto, del niño, una antropología, que junto a la experiencia que él mismo tenía de Dios, le movió a “inventar” las Escuelas Pías como un seno de amor donde cada niño pudiera crecer como Jesús, en edad, gracia y sabiduría hasta llegar a alcanzar “la plena madurez en Cristo” (Ef. 4, 13). Un seno maternal y paternal donde, aunando la acción de la gracia con el esfuerzo humano, poder elevar a cada niño, a cada joven, hasta llegar a descubrir el plan personal de Dios sobre él.

Y es que, en verdad, no es posible una verdadera evangelización en la escuela si no partimos de una cierta concepción de la persona.

¹⁸ “No he querido que confesase, porque la confesión hace desviar de la escuela. Y quien es apto para la escuela, no debe comprometerse en otra cosa” (2/3/1630).

¹⁹ “Aunque en nuestra religión haya teólogos prácticos y graduados, yo no he permitido nunca que suban a un púlpito o cátedra a predicar, conociendo bien que no faltan en la Iglesia de Dios hombres que, por oficio y ministerio propio, tienen derecho a predicar, como lo hacen con toda virtud. Debe estar lejos de nosotros meter la hoz en mies ajena. No sería poco saber humillarnos hasta la capacidad de los alumnos, a cuya instrucción nos ha enviado la santa Iglesia” (20/8/1636). “Por predicar a los seglares no se debe olvidar en modo alguno a los escolares. Y esté seguro que el enemigo, bajo apariencia de bien, quiere impedir el aprovechamiento de los jóvenes” (16/6/1630).

²⁰ “Me maravillo que se haya vuelto, por no decir negligente, tan avaro de su talento, que no consiste en celebrar misa, sino en enseñar a los alumnos las letras y el santo temor de Dios” (4/6/1639).

²¹ “No está bien que se interrumpa nuestro ministerio por asistir a las procesiones” (27/2/1627).

²² “Aunque es obra de mucha caridad, no pueden los nuestros que enseñan todo el día ir de noche a visitar a los enfermos. Porque faltarán a la escuela el día siguiente. Hágase la caridad cuando se pueda” (23/9/1634).

²³ Memorial al cardenal Tonti, 6.

²⁴ *Ibid.*, 5.



Decía el texto de *Evangelii Nuntiandi* esto mismo: “lo que importa es evangelizar –no de manera decorativa, como con un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta las mismas raíces (...) tomando siempre como punto de partida la persona”²⁵.

Tomando como punto de partida a la persona

¿Qué persona? Porque es evidente que existen muchas antropologías, muchas maneras distintas de concebir a la persona. Una vez más el Magisterio reciente de la Iglesia viene en nuestro auxilio, para hacernos descubrir de nuevo la acertada intuición de la obra calasancia.

En los designios de Dios, cada hombre está llamado a promover su *propio progreso*, porque *la vida del hombre es una vocación dada por Dios para una misión concreta*. Desde su nacimiento, ha sido dado a todos, como en germen, un conjunto de *aptitudes* y de *cualidades* para *hacerlas fructificar*; su floración, fruto de la *educación recibida* en el propio ambiente y del *esfuerzo personal*, permitirá a cada uno orientarse hacia el destino que le ha sido propuesto por el Creador. Dotado de inteligencia y libertad, el hombre es responsable de su crecimiento, lo mismo que de su salvación. Ayudado, y a veces estorbado, por los que lo educan y lo rodean, cada uno permanece siempre, sean los que sean los influjos que sobre él se ejercen, el artífice principal de su éxito o de su fracaso: por sólo el esfuerzo de su *inteligencia* y de su *voluntad*, cada hombre puede crecer en humanidad, valer más, ser más.

Por su *inserción en el Cristo vivo*, el hombre tiene el camino abierto hacia un progreso nuevo, hacia un *humanismo trascendental* que le da su mayor plenitud; tal es la *finalidad suprema del desarrollo personal*²⁶.

La tarea educativa, que corresponde también a la comunidad cristiana como tal, debe *dirigirse a cada persona*. En efecto, Dios con su llamada toca el corazón de cada hombre, y el Espíritu, que habita en lo íntimo de cada discípulo (cf. 1Jn. 3, 24), es infundido a cada cristiano con carismas diversos y con manifestaciones particulares. Por tanto, cada uno ha de ser ayudado para poder *acoger el don que se le ha dado a él en particular, como persona única e irrepetible*, y para escuchar las palabras que el Espíritu de Dios le dirige (...) *Finalidad de la educación del cristiano es llegar, bajo el influjo del Espíritu, a la “plena madurez de Cristo”* (Ef. 4, 13)²⁷.

He aquí la finalidad de la escuela calasancia: llevar a cada niño, bajo el influjo del Espíritu Santo, hacia un progreso nuevo, hacia una mayor plenitud, por el desarrollo de sí mismo y de los dones recibidos de Dios para llegar a conocer y ser capaz de vivir

²⁵ Pablo VI, Carta Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, 20.

²⁶ Pablo VI, Carta Encíclica *Populorum Progressio*, 15-16.

²⁷ Juan Pablo II, Carta Apostólica *Pastores dabo Vobis*, 40.



la vocación y la misión concreta recibida de Dios. Todo lo cual no es posible sino por la inserción en el Cristo vivo, finalidad suprema del desarrollo personal.

Podríamos aquí aportar infinidad de textos calasancios tomados de la abundante bibliografía al respecto²⁸, valga a modo de ejemplo este texto de las Constituciones: “La meta que pretende nuestra Congregación con la práctica de las Escuelas Pías es la educación del niño en la piedad cristiana y en la ciencia humana, para con esta formación alcanzar la vida eterna”²⁹.

Queda claro, pues, que la “escuela popular cristiana”, la obra que puso en marcha atrevidamente S. José de Calasanz a principios del siglo XVII –y que después han seguido tantos otros fundadores y fundadoras en la Iglesia, hasta ser, a su modo, asumida por la misma sociedad civil, sólo muchos años después–, nació como obra de Iglesia, inspirada por el Espíritu Santo, para embellecer a la Esposa de Cristo y para llevar adelante su misión evangelizadora con un nuevo ministerio, “acaso el principal para llevar a cabo la reforma de la república cristiana”, que es la finalidad última de la misión evangelizadora de la Iglesia: “convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos”³⁰.

SEGUNDA PARTE

CARACTERÍSTICAS ESENCIALES DEL MINISTERIO DE LAS ESCUELAS PÍAS Y RETOS QUE PLANTEA A LA ESCUELA CATÓLICA DEL SIGLO XXI

Sirva lo dicho hasta aquí para poder entrar con decisión en lo que creo que más puede interesar a todos. Tampoco es ahora momento para entrar en un estudio minucioso de los elementos constitutivos de la primera escuela popular cristiana. Intentaré más bien aportar, en apretada síntesis, los que considero más importantes, apuntando desde ellos a una serie de retos que se le plantean a la escuela católica de nuestros días.

Una necesaria e inseparable síntesis entre Piedad y Letras que no es consecuencia de la mera instrucción –religiosa o científica– sino de la verdadera educación –desarrollo de la persona

Puesto que *entre evangelización y promoción humana existen efectivamente lazos muy fuertes...* Porque, “¿cómo proclamar el mandamiento nuevo sin promover (...) el auténtico crecimiento del hombre?”³¹.

Esta síntesis de *Piedad y Letras* es el motor de la verdadera evangelización, la que no lo hace *de manera decorativa, como un barniz superficial*, sino que viene a *transformar*

²⁸ Resaltamos: L. Padilla (1998). *Intuiciones de Calasanz sobre la formación escolapia*. Madrid: ICCE.

²⁹ Constituciones de Calasanz, 203.

³⁰ Pablo VI, Carta Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, 18.

³¹ *Ibíd.*, 31.



desde dentro a la persona completa –provocando un “verdadero cambio interior, hasta las mismas raíces”³² en su triple dimensionalidad.

Y este binomio, para ser síntesis, pide ser atendido con igual rigor y vigor en sus dos dimensiones, integradas e integradoras. En nosotros no se da el *evangelizar* –anuncio explícito “del nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios”³³– sin el *educar* –desarrollo de toda la vitalidad, “aptitudes y cualidades del sujeto, necesario para poder orientarse en la vida hacia el destino que a cada uno le ha sido propuesto por el Creador”³⁴.

Por eso a la escuela católica le corresponde desarrollar la inteligencia y la voluntad de los individuos, sus potencias, aptitudes y cualidades, tanto como acercarlos al Cristo vivo, finalidad suprema del desarrollo personal. Porque tiene que ser sabedora de que el desarrollo de las potencias superiores del hombre –inteligencia, memoria y voluntad– unidas al *incremento de la Piedad* en los individuos es fuente del verdadero progreso humano y cristiano.

De ahí que la escuela católica se encuentre ante el reto de no quedar convertida en mera transmisora de saberes o conocimientos, sea sobre Dios, sea sobre las ciencias o realidades humanas. Existe más bien para potenciar el desarrollo humano y espiritual de los niños y jóvenes, su capacidad de ver, comprender, entender, captar, aprender, expresarse, amar y donarse.

Una escuela que sólo transmite conocimientos no sólo no educa sino que tampoco evangeliza, aunque enseñe cosas de Dios o sobre Dios. Porque para nosotros evangelizar-educar significa no llenar la mente de conocimientos –eso sería hacerlo *de manera decorativa, como con un mero barniz superficial*–, sino abrir el ser a una relación cada vez más rica y profunda con toda realidad –la de Dios, la de las personas, la de uno mismo, la de las cosas–, ya que sólo la relación, y la relación consciente y libre, identifica en verdad al ser humano.

Por eso, en este siglo XXI, la escuela católica necesita nuevos caminos, nuevos modos pastorales y pedagógicos, aquellos que permitan aunar la acción de la gracia con el necesario esfuerzo humano para hacer posible en los niños y jóvenes el *crecer en humanidad, valer más, ser más*.

³² *Ibíd.*, 18-20.

³³ *Ibíd.*, 22.

³⁴ Pablo VI, Carta Encíclica *Populorum Progressio*, 15.



Una escuela que requiere verdaderos evangelizadores-educadores, auténticos Cooperadores de la Verdad, conscientes de la trascendencia de su misión y de la responsabilidad que conlleva su ministerio

Lo esencial en la escuela son *los educadores*. La calidad de la educación depende principalmente de la calidad de las personas que la llevan a cabo. Frente a la importancia que en nuestros días están tomando los *sistemas de gestión*, los *planes de mejora de los procesos educativos* para lograr una supuesta calidad educativa, la escuela católica debe ser consciente –sin menospreciar el valor de una necesaria gestión inteligente y eficaz de las cosas– de que se juega su futuro en los educadores.

Porque, si quiere *evangelizar educando*, la escuela necesita testigos de la Verdad del Evangelio y verdaderos Cooperadores de esa Verdad que es la que realmente educa. Con la peculiaridad de que dichos educadores no pueden ser ni sólo *catequistas* ni meros *instructores*. Lo específico del educador católico es que la síntesis entre *Piedad y Letras* se da en primer lugar y sobre todo en él mismo, en su persona, de modo que, dicha síntesis aparecerá en los niños, en primer lugar y principalmente, si se da en sus educadores y, después, en las estructuras organizativas del centro y en los procesos que le son propios.

El educador católico será a la vez testigo del Evangelio y pedagogo o no lo será, sobre todo en los primeros cursos, que es cuando los niños viven todo de manera más global y *sienten y captan* las cosas, más que las *entienden*. La impronta que la persona del educador deja en los niños y jóvenes, la coherencia entre su palabra, su actuar y su vida, no puede ser suplida por ninguna técnica, método o estrategia, ni por ningún sistema de gestión aunque éste venga avalado por un sello de certificación.

Aspecto esencial en el educador es la mirada que tiene sobre los niños y jóvenes de hoy. No puede ser –como no lo fue la de Calasanz– la mirada de la sociología o de las ideologías. La escuela –los niños y jóvenes– necesita “profetas”, es decir, personas que los miren no con ojos superficiales, los que se quedan en las apariencias, en lo que dicen que dicen los mismos jóvenes en las encuestas, sobre sus gustos, sus intereses, sus preocupaciones y aficiones. En los niños y jóvenes, “las apariencias engañan”, las apariencias del recelo o del rechazo, por ejemplo a la fe, las apariencias del desinterés y el pasotismo. Es necesario mirarlos con “ojos teologales”, porque reaccionan muy bien ante quien descubre y reconoce la sed profunda de verdad, de autenticidad y de amor que hay en su corazón.

Mirarlos con ojos teologales significa mirarlos *creyendo* –como la verdad más cierta que los identifica– que en su corazón late una sed profunda de Dios, que los ama y los llama porque hay una elección eterna sobre ellos; significa mirarlos *queriéndolos* incondicionalmente, descubriendo en ellos un bien, una bondad y una belleza que ni ellos mismos muchas veces reconocen; significa mirarlos siendo capaces de *esperar* siempre que es posible una novedad y una vida mejor en cada uno.



Se puede colegir la trascendencia de la buena selección y la no menor importancia de la formación y el buen acompañamiento de los educadores, si queremos que en este siglo XXI, la escuela católica cumpla con eficacia su noble cometido de *evangelizar educando* a los niños y jóvenes, hijos de una generación que ha abandonado de hecho la fe, arrastrada por el torrente del secularismo, y que se ha visto tantas veces paralizada, *impedida*, por la secular tendencia instructiva de enseñar.

Una escuela que ofrece a niños y jóvenes verdaderos itinerarios, contrastados, de crecimiento en Piedad y Letras

Junto a la trascendencia y necesaria calidad de las personas encontramos la trascendencia y necesaria calidad de *los métodos*. Porque en educación, más que en cualquier otro terreno, es bien cierto aquello de que “no todo vale”.

“No todo vale” para llevar a los niños a la Verdad, como hombres y como creyentes. Esta empresa requiere una fe adulta y confesante en quienes la proponen, y requiere también unos *itinerarios apropiados para los niños*; no para retenerlos en una fe infantil e inmadura, sino para llevarlos a una fe vital y madura según su edad y su correspondiente etapa de crecimiento. Los niños, los jóvenes de hoy día esperan de nosotros no un mero barniz de tipo cristiano, de valores más o menos humanistas y evangélicos; están pidiendo de nosotros una propuesta vital que los lleve de manera real a Jesucristo, Camino, Verdad y Vida. Y eso sólo es posible a través de procesos e itinerarios contrastados que les permitan beber con frecuencia y calidad en las fuentes mismas de la fe: la Palabra, la Oración, los Sacramentos, la Liturgia de la Iglesia, el testimonio de los santos y la vida de los cristianos.

Nuestra pedagogía –la calasancia– es “sacramental”, lo cual significa que quien verdaderamente educa es la *gracia*. Calasanz lo tenía muy claro y así lo recomendaba a los suyos³⁵. Se ha difundido muchas veces la idea de que la Palabra y los Sacramentos no dicen nada al hombre secularizado de hoy, y mucho menos si hablamos de niños, ¡o de jóvenes! No es ésa la experiencia de las Escuelas Pías, en las que niños, adolescentes y jóvenes provenientes de un medio secularizado y alejado de la fe acogen cada día con avidez la Palabra y celebran con significativa frecuencia los sacramentos en los que descansan, y gracias a los cuales se descubren y sienten amados y restaurados por el Señor³⁶. Y es ahí, precisamente, donde los escolapios –Calasanz nos quería expresamente *sacerdotes para los niños*– ejercemos con gran fecundidad nuestro ministerio pastoral como presbíteros, pastores de los pequeños para llevarlos a los pastos de vida abundante.

³⁵ “Haga que los alumnos mayores se confiesen con frecuencia y comulguen, porque los sacramentos suelen iluminar mucho el entendimiento y, frecuentándolos con devoción, suelen inflamar la voluntad para aborrecer el pecado y amar las obras virtuosas. Insista mucho en esto, que es el todo de nuestro apostolado” (4/07/1627).

³⁶ Según indican las Constituciones de nuestra Orden, “La educación en la fe es el objetivo final de nuestro ministerio” (Constituciones, 96).

“Dadles vosotros de comer” (Lc. 9, 13), es la Palabra que hemos recibido del Señor, porque “los niños piden pan, y no hay quien se lo dé” (Lam. 4,4).

Pero “no todo vale” tampoco en el terreno de la educación, porque educar bien es muy difícil. Incluso en su dimensión más elemental de crecimiento humano o de aprendizaje. Ya hemos hablado un poco de ello más arriba. ¡Qué poco ha evolucionado la escuela en este terreno! ¡Cuántas inercias del pasado permanecen hoy día haciendo del trabajo escolar algo vacío de sentido, tedioso y, a veces, insoportable para los niños!

Podemos pensar, sin más, que la escuela católica de por sí ya “educa”, porque además de *enseñar*—y más la nuestra!—, transmite valores, ayuda a la socialización de las personas, ofrece posibilidades de ocio sano y saludable, o procesos de crecimiento en la fe..., y tantas otras cosas. Todo eso es verdad y es fantástico, pero es necesario que tengamos en cuenta que todas esas prácticas y acciones—cumpliendo una misión importante, alguna trascendental como es evidente—no nos pueden hacer ignorar la siguiente realidad: que el ser humano en su estructura antropológica y cerebral—especialmente, y sobre todo, en los primeros 12 años de su vida—, es un ser nacido para la actividad creadora y no para la mera recepción pasiva de las ideas o de los *productos* (explicaciones, conclusiones, definiciones...) de otro.

Durante toda su infancia, durante todo su proceso escolar, el niño entra en relación con los saberes. La actividad escolar se convierte para él en su actividad principal. Pero esta relación con los saberes puede establecerse de dos maneras: una, acercándose a ellos como algo ya elaborado, algo finalizado y concluso que tiene que aprehender, que tiene que hacer suyo y “meter en su cabeza”; y otra, como algo que ha de elaborar según un proceso de “creación del conocimiento a partir del contacto con la realidad”, algo que al final resulta propio, un fruto que ha emanado de uno mismo, del propio trabajo y que, sobre todo—¡eso es lo fundamental!—ha servido para el propio crecimiento personal. La diferencia: en este segundo caso el conocimiento es algo elaborado por mí, que por tanto comprendo porque lo “he visto”, porque ha salido de mí; en el primer caso, el conocimiento es algo ajeno a mí que yo he de saber—las más de las veces para ser olvidado después de un examen—y que rara vez tiene nada que ver conmigo, algo que siento como extraño y que, por razones evidentes, muchas veces mi propio cerebro escupe y rechaza—como el propio organismo tiende a rechazar un miembro trasplantado que no le es propio.

La cuestión es trascendental porque un camino, un esquema respeta la estructura creatural, antropológica y cerebral del ser humano; el otro camino constituye una agresión y un insulto a dicha estructura de la persona.

Pero hay algo todavía más importante: un esquema, un modo de plantear la actividad escolar pone el acento en la persona, puesto que sabe que ésta crece creando, elaborando, y el otro pone su acento en el objeto de aprendizaje, situando a la persona en función del mismo, hasta el punto de que la persona se ve inferiorizada, rebajada en su dignidad, al



valer y ser medida en función de las cosas que aprende o sabe hacer y no en función de lo que es y de lo que está llamada a ser.

El reto para la escuela católica en este siglo XXI es llegar a generar en el aula y en el conjunto del entramado escolar un trabajo educativo vital, rico y que ilusione. De esto podemos hablar –con sorpresa y agradecimiento profundo–, al menos, quienes vemos que al aunar una intensa y cotidiana vida de *Piedad* con la pedagogía *Ramain*³⁷, nuestros niños se ven crecer, ser más, valer más, poder más, lo cual les vincula enormemente con su propio aprendizaje y con las personas que les ayudan a madurar.

Pero es evidente que para ello hace falta unos buenos fundamentos educativos y unos buenos instrumentos pedagógicos y didácticos, cada vez más necesarios si tenemos en cuenta el tremendo fracaso en que se encuentra la escuela de nuestros días.

Una escuela que acompaña a los niños desde los primeros años de su vida

Elemento esencial en los orígenes de las Escuelas Pías fue el *acompañamiento* de los alumnos en filas por las calles hasta sus casas, así como el cuidado y la vigilancia exquisitos de toda la vida escolar y extraescolar, las compañías, las lecturas, los juegos, las conversaciones. Todo en función de la *prevención* educativa.

Hoy también son muchos los “peligros” que acechan la *buen educación* de niños y jóvenes. Si hablamos de los más pequeños, curso tras curso constatamos una mayor desorientación y confusión en las familias de los niños, que parecen haber perdido el sentido y los criterios de la recta crianza y educación de los hijos. Nos encontramos en una sociedad que ha trastocado el sentido de las cosas, de manera que *ha narcotizado* la conciencia de las personas, con consecuencias altamente negativas para los más pequeños. Parece que el “sentido común” necesario para educar bien está desapareciendo. ¿Cómo ayudar a tantos padres que han renunciado de hecho a ser educadores o que no saben ejercer de tales? ¿Cómo evitar tantas actitudes y estilos de crianza tan comunes en los hogares actuales, pero tan perjudiciales para los niños? No es políticamente correcto, pero ¿sería lícito decir que los peligros de muchos niños y jóvenes de hoy no están sólo en la calle sino que están tantas veces dentro de sus casas? ¿Qué hacer para *prevenir* en este terreno? Gran reto de la escuela católica en este siglo XXI.

³⁷ Sistema pedagógico nacido en Francia a mediados del siglo XX, que lleva el nombre de su creadora, *Mlle. Simonne Ramain* (1900-1975), quien ayudada por su más cercano colaborador, *M. Germain Fajardo* (1933-) dio con un método realmente “educativo”. Por medio de sus más de 5000 ejercicios creados, ofrece a personas de diferentes edades y niveles culturales un itinerario concreto de evolución global de la persona. Dicho método educativo ha posibilitado, de la mano de *M. Germain Fajardo* y del *P. Vicente Escriche Ases, sch. p.* (1926-) la aparición de una Pedagogía igualmente “educativa” y no meramente instructiva que, poniendo el acento en el desarrollo del niño y de las potencias propiamente humanas –inteligencia, voluntad, memoria, atención, esfuerzo...– antes que en los contenidos que aprender, logra dicho aprendizaje como un fruto maduro de la propia evolución y elaboración del sujeto.



Si hablamos de los mayores, la buena educación incluye saber acompañar el desarrollo de cada niño y joven “tocando su vida”, es decir, incidiendo en las bases sobre las que se sustenta. Por medio de un acompañamiento delicado, vigilante y atento que oriente el desarrollo afectivo, social, espiritual, moral, familiar, relacional..., los lugares donde se producen los principales conflictos y *dramas* que condicionan el crecimiento y desarrollo de nuestros jóvenes. Sin este acompañamiento personal, incisivo, profético y diligente de los jóvenes, no podrá haber verdadera educación en este siglo XXI de nuestros desvelos.

Una escuela que siembra en el corazón de niños y jóvenes una verdadera cultura de la vida

La educación de nuestros días lo será en la medida en que cumpla con esta misión trascendental. La escuela católica no puede renunciar a esta tarea: ser difusora de la cultura de la vida, sembrarla en el corazón de los jóvenes.

El testimonio personal y vital de los educadores –la esencia de la educación– debe ir acompañado de una propuesta constante, organizada y clara de los principios vitales que dimanen del Evangelio, la antropología y la moral católica, nacida ésta de la mística, entendida como encuentro salvífico con Dios. Iluminar desde la verdad las cuestiones cruciales para los jóvenes como son el ocio, el tiempo libre, las relaciones afectivas, la sexualidad, la tentación de las drogas y el riesgo, el proyecto vital, la familia...

Nuestra experiencia nos dice que los jóvenes están sedientos de la Verdad del Evangelio y de la que brota de él para iluminar la vida. También nos dice que reciben con asombrosa avidez y agradecimiento esta luz que viene a iluminar tantas tinieblas que se ciernen sobre ellos. No podemos ignorar que los niños y jóvenes sufren, y sufren mucho porque a diario se les ofrece de múltiples maneras el mal con engaños y mentiras que seducen fácilmente su corazón porque lo tocan en sus fibras más débiles y sensibles. Una escuela que quiera ser en verdad educadora tendrá que abordar con decisión y sin ambigüedades este reto que es transmitir la *luz de la verdad*.

Mi experiencia personal es que –a veces aun sin saberlo– las nuevas generaciones están esperando este *pan*, están hastiadas de un pan que no sacia, están cansadas de beber un agua que siempre da más sed. ¿Quién les servirá el *Pan de la Vida*? ¿Quién les acercará al manantial de agua que brota para la vida eterna? He ahí el reto al que nos llama el Señor a quienes hemos recibido esta sublime misión en la Iglesia y con la Iglesia.

